

Fundación **Ideas para la paz**

Reconstrucción de la masculinidad y reintegración de excombatientes en Colombia¹

Kimberly Theidon
Profesora Asociada
Departamento de Antropología
Universidad de Harvard

Abril de 2009
Serie Working papers FIP No. 5



Contenido	5	Presentación
	6	1. Introducción
	8	2. DDR y la búsqueda continúa de la paz en Colombia
	11	3. Métodos
	11	4. En busca del respeto
	14	5. Asignarle género a la seguridad
	16	Armas en sus casas como medio de protección
	17	6. El capital corporal: ¿Cómo se militariza la masculinidad?
	18	7. “Su propio cuerpo lo traiciona”
	22	8. «Agregar el género» al DDR: ¿Cómo reconstruir la masculinidad?
	24	9. Conclusiones
	25	Bibliografía



Presentación

La idea de incluir la perspectiva de género en los procesos de postconflicto es cada vez más recurrente a nivel internacional. No obstante la tendencia ha sido a limitar esta perspectiva a que se tome en cuenta a las mujeres y como lo sugiere la profesora Kimberly Thiedon* en este documento de trabajo: el concepto de género se ha (mal) entendido como sinónimo de mujer. Esto ha dejado por fuera de los programas de desarme, desmovilización y reintegración (DDR) y de justicia transicional una dimensión absolutamente protuberante como es la masculinidad que se construye en contextos de guerra y que en buena medida explica la propensión de muchos jóvenes hombres de determinados contextos sociales hacia vincularse a grupos armados.

En este nuevo documento de nuestra serie *Working Papers* FIP, Theidon aborda de manera aguda este enfoque ampliado de la perspectiva de género el cual ha sido prácticamente inexplorado en la literatura internacional – y por supuesto en la nacional- sobre DDR y justicia transicional. Su observación de fondo es que precisamente los procesos de transición de la guerra a la paz, amén de quitarles las armas a los guerreros, deben propender por “desarmar” las representaciones simbólicas y culturales alrededor de la “masculinidad militarizada” de los excombatientes, para lo cual se requiere entender cómo se produce ésta y su relación con el acceso restringido que usualmente tienen estos hombres a los símbolos de prestigio masculino de la sociedad civil.

El trabajo que presentamos resulta de una investigación antropológica sobre el proceso de DDR en Colombia llevada a cabo por Kimberly Theidon desde el 2005. En desarrollo de esta investigación realizó entrevistas a profundidad a 170 hombres y mujeres ex combatientes de las FARC, ELN y de las AUC ubicados en Bogotá y sus alrededores, Medellín y la región de Urabá. También realizó visitas y charlas con funcionarios públicos, representantes de ONG, de iglesias y de diversos sectores de las comunidades receptoras. Con ello, logró obtener una mirada amplia a las realidades de la guerra, del DDR y la justicia transicional en Colombia.

A través de sus notas de campo, Theidon muestra de manera provocativa los vínculos entre armas, masculinidad y violencia que están fijados en la economía política de la guerra de nuestro país. Por un lado, está el acceso a las armas como símbolo de poder masculino en contextos marcados por la violencia generalizada y la escasez de símbolos alternativos de prestigio y movilidad social para los hombres (educación, empleo y salario legales, etc.). Por otro lado, están mujeres codependientes de esa “masculinidad militarizada”; mujeres que se someten a estos combatientes buscando seguridad y que a la vez promueven su involucramiento en la violencia.

La profesora Theidon ilustra cómo el programa de reintegración que se adelanta en el país es bastante ciego a las cuestiones de género y promueve de manera inadvertida estereotipos sexistas característicos de la “masculinidad militarizada”. Termina por sugerir posibles áreas de intervención que ayuden a reconocer masculinidades alternativas y, en fin, sirvan para desmontar la masculinidad del combatiente y reconstruir lo que significa ser hombre.

* Kimberly Theidon es una antropóloga médica con larga trayectoria investigativa en temas de violencia política, formas y teorías de la subjetividad, justicia transicional y derechos humanos en América Latina. De 2001-2003, dirigió un proyecto de investigación sobre la salud mental de la comunidad, la reparación y las micropolíticas de reconciliación con la Oficina de Ayacucho de la Comisión de Verdad y Reconciliación del Perú. Producto de dicha investigación publicó *Entre Prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú* (Instituto de Estudios Peruanos, 2004).

Está en proceso un segundo libro basado en dicha investigación, *Intimate enemies: Violence and Reconciliation in Peru*, que será publicado por la Universidad de Stanford. Actualmente, la Dra. Theidon está dirigiendo una investigación en Colombia y en Ecuador sobre dos temas interrelacionados: por un lado, las causas y consecuencias de las poblaciones en desplazamiento, refugio y regreso, con particular interés en el rol de las organizaciones humanitarias en las zonas de conflicto armado; y por el otro, el proceso de desmovilización de los paramilitares en Colombia.

Actualmente es directora del Praxis Institute for Social Justice y es Profesora Asociada de Antropología en la Universidad de Harvard.

“Siempre soñaba en agarrar un arma. Quería saber cómo se sentía, [saber] cómo se sentiría tenerla en mis manos. Sentirme hombre”.
Óscar, 25 años, excombatiente del ELN,
Casa de Paz en Bogotá.

“A la hora de explicar las atrocidades, con frecuencia se ha ignorado una forma en particular de identidad social, la masculinidad”².

1. Introducción

El desarme, desmovilización y reincorporación (DDR) de excombatientes es un componente clave de los procesos de paz y de la reconstrucción en el postconflicto. Según el Banco Mundial, en 2005 más de un millón de excombatientes participaban en los programas en aproximadamente 20 países del mundo. El costo promedio por persona vinculada a dichos programas equivale al 4.7 del ingreso promedio de los habitantes de los respectivos países, lo cual refleja que la mayoría de éstos se aplican en condiciones de pobreza crónica. El DDR es un gran negocio y conlleva una gran responsabilidad, puesto que lo que está en juego son la subsistencia y la existencia misma de los individuos.

En otras investigaciones he sostenido que los programas de DDR implican múltiples transiciones: desde excombatientes que deponen las armas, a gobiernos que buscan terminar el conflicto armado y comunidades que reciben o rechazan a los desmovilizados³. En cada nivel, estas transiciones incluyen una ecuación dinámica y compleja entre las demandas de paz y de justicia. Sin embargo, los enfoques tradicionales

de DDR se han concentrado casi exclusivamente en los objetivos militares y de seguridad. Esto ha tenido como resultado que dichos programas se hayan creado en un relativo aislamiento del creciente debate sobre justicia transicional y de preguntas sobre el esclarecimiento histórico, la justicia, la reparación y la reconciliación. Asimismo, las evaluaciones de los programas de DDR han tendido a ser ejercicios tecnocráticos cuya principal preocupación es contar el número de armas recolectadas como de excombatientes que se han unido al programa⁴. Al reducir el DDR a un “desmantelamiento de la maquinaria de guerra”, estos programas no han considerado de forma adecuada cómo ir más allá de la desmovilización y facilitando la reconstrucción y coexistencia sociales⁵.

Con base en mi investigación con excombatientes en Colombia, quisiera ampliar esta discusión. Estoy convencida de que una reincorporación exitosa no solamente requiere que los procesos y metas de desarme, desmovilización y reincorporación se fusionen con las medidas de la justicia transicional, sino que tanto el DDR como la justicia transicional necesitan de un análisis de género que incluya un examen de los vínculos entre armas, formas de masculinidad y violencia en contextos históricos específicos. La construcción de ciertas formas de masculinidad no es un aspecto accidental del militarismo, sino que es esencial para su mantenimiento. El militarismo requiere de una continua ideología de género tanto como requiere de armas y municiones⁶.

Pero, ¿cómo se ha entendido hasta el momento la incorporación del género en los programas de DDR? Tratando de responder esta pregunta fui a la página web del Banco Mundial, en donde encontré una lista de publicaciones sobre “Género y DDR”. A medida que exploraba la lista de archivos, me

¹ Agradezco a la fundación John D. y Catherine T. MacArthur, al Centro Internacional de Justicia Transicional y al Centro Weatherhead para Asuntos Internacionales por los fondos aportados para mi investigación en Colombia. Me he beneficiado de los comentarios que he recibido sobre el borrador de este capítulo durante la reunión de «Justicia Transicional y DDR» con los auspicios de ICTJ, mayo 22 a 23 de 2007. Quisiera expresar mis agradecimientos en particular a Marcelo Fabre, Ana Patel y Pablo de Grieff por sus agudas sugerencias. Además, agradezco a mis colegas Gonzalo Sánchez, Catherine Lutz, Kedron Thomas, Andrew Canessa, Winifred Tate y Melanie Adrian por sus comentarios. Estoy muy agradecida con Paola Andrea Betancourt por su asistencia en mi investigación en Colombia. Para terminar, mí profunda gratitud para los innumerables colombianos que han compartido su tiempo y experiencias conmigo y con los que comparto un firme optimismo con respecto a la posibilidad de paz con justicia.

² Foster, Don. “What makes a perpetrator? An attempt to understand”. En *Looking back, reaching forward: reflections on the truth and reconciliation commission in South Africa* (Charles Villa-Vicencio y Wilhelm Verwoerd editores, 2000). Foster nota que el Informe Final de la Comisión de Reconciliación y Verdad de Sudáfrica reconoció que la comisión no había estudiado la masculinidad y la violencia, que lo impulsan a hacerse una serie de preguntas interesantes: «¿Por qué la masculinidad bajo ciertas circunstancias proporciona una forma de identidad tan nociva?» «¿Cuáles son las circunstancias?» «Todo esto hay que investigarlo» (227).

³ Theidon, Kimberly. “*Transitional Subjects? The Disarmament, Demobilization and Reintegration of Former Combatants in Colombia*”, *International Journal of Transitional Justice* 66 (2007).

⁴ Knight, Michael y A. Ozerdem. “Guns, Camps and Cash: Disarmament, Demobilization and Reinsertion of Former Combatants in Transitions from War to Peace”, *Journal of Peace Research* 499 (2004).

⁵ Amnistía Internacional, *The Paramilitaries in Medellín: Demobilization or Legalization?* (2005).

⁶ Goldstein, Joshua S. *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Viceversa*. Nueva York: Cambridge University Press, 2001; por otro lado, están las publicaciones de Cynthia Enloe sobre género y militarización.

enteré de que, según los reportes, existe un “déficit de género” en los programas de DDR. Por esta razón, usualmente se incentiva a los responsables de formular políticas y a aquéllos que las aplican a incluir una “dimensión de género” en sus actividades para garantizar que “se identifiquen y aborden las necesidades específicas femeninas” (Banco Mundial: 2007).

Días más tarde tuve en mi poder una edición reciente de *International Journal of Transitional Justice* y me llamó la atención un artículo sobre “Las implicaciones de género de una teoría de justicia específicamente ‘transicional’”⁷. En este interesante artículo, Bell y O’Rourke formulan una pregunta triple: ¿Dónde se encuentran las mujeres? ¿Y dónde el género? y ¿Dónde está el feminismo en la justicia transicional?⁸ Recuerdan a los lectores que el “hacer la guerra y negociar acuerdos de paz son predominantemente asuntos de hombres” y que “las cuestiones que abordan los problemas subyacentes de discriminación, dominio y mejoras en la seguridad física, social y legal con respecto al género en particular, generalmente se abordan de forma secundaria, o simplemente no se abordan”⁹. Notan así que los esfuerzos más importantes realizados para “incorporar el género” a la justicia transicional están relacionados con el tratamiento legal de la violencia sexual durante el conflicto; logro que se ha alcanzado en parte tras convocar a mujeres a “Audiencias de género” y al establecer “Unidades de género” dentro de los procesos de la justicia transicional¹⁰.

Desde las audiencias y unidades de género, hasta las comisiones de la verdad “sensibles” a aspectos de género, “incluir el género” usualmente se entiende como “agregar a las mujeres”. Entender “género” como sinónimo de “mujer” limita las importantes contribuciones que los estudios sobre género pueden aportar a nuestra interpretación teórica y práctica sobre la guerra, la paz y la reconstrucción en el postconflicto. Esta reducción puede muy bien reflejar la política de reconocimiento y su “lógica de enumeración” por la cual la eficacia política y teórica supuestamente se logra sólo

con nombrar cada categoría de identidad o experiencia¹¹. Dicha lógica sugiere una lista ya conocida: las mujeres, las minorías, las poblaciones indígenas, los niños y las personas mayores. Evidentemente “los hombres” constituyen simplemente la categoría genérica de ser humano mientras que las otras categorías se marcan y, de cierta manera, se desvían de la norma¹². Ciertamente habrá algunos hombres incluidos en alguna de dichas categorías, pero su visibilidad se basa en su raza, etnicidad o edad — no en su identidad como hombres. Por consiguiente los hombres y las formas de masculinidad quedan en gran parte sin explorar, recordándonos que “la investigación sobre los hombres es tan antigua como el saber mismo, aunque el enfoque sobre la masculinidad o los hombres como individuos explícitamente pertenecientes a un género es más bien reciente”¹³.

¿Cómo incorporar una dimensión de género a los procesos de DDR y de justicia transicional, incluyendo a los hombres y las formas de masculinidad, de manera que dichas identidades se perciban claramente y se conviertan en el enfoque de investigación e intervención? Mi investigación en Colombia ha sido motivada por el deseo de entender cómo las formas violentas de la masculinidad se forman y sostienen y cómo los programas de DDR pueden “desarmar la masculinidad” en el postconflicto de manera más eficaz. En ese sentido, estoy interesada en la “masculinidad militarizada” — esa fusión de ciertas prácticas e imágenes de la virilidad con el uso de armas, el ejercicio de la violencia y el desempeño de una masculinidad agresiva y con frecuencia, misógina. Aunque no niego la diversidad que existe dentro del grupo de excombatientes con los que he trabajado, tampoco puedo negar la masculinidad hegemónica que estos hombres comparten.

Connell se ha aproximado al concepto de masculinidades como “una configuración de las prácticas dentro de un sistema de relaciones de género”¹⁴. Este enfoque sobre las prácticas permite que el investigador capture la forma en que los individuos practican una política de inclusión de la masculini-

⁷ Bell, Christine y O’Rourke, Catherine. “Does Feminism Need a Theory of Transitional Justice? An Introductory Essay”, *International Journal of Transitional Justice* 23 (2007).

⁸ *Ibid.*, p. 24.

⁹ *Ibid.*, p. 25.

¹⁰ *Ibid.*, p. 26.

¹¹ Boellstorff, V. Tom. “Queer Studies in the House of Anthropology”, *36 Annual Review of Anthropology* 17 (2007) para un análisis de la lógica de la enumeración.

¹² Este enfoque también ha influenciado el diseño de la estructura de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) de Colombia. En ella el programa de DDR aparece como un área de intervención, mientras que “Género y poblaciones específicas” es otra, definida para incluir a mujeres, niños y poblaciones indígenas. Aunque una de las metas establecidas para esta área es que el género sea un tema «transversal», esta división no parece un comienzo auspicioso.

¹³ Coltrane, Scout. “Theorizing Masculinities in Contemporary Social Science”, En *Theorizing Masculinities* (Harry Brod & Michael Kaufman editores). Londres: Sage Publications, 1994. p. 41

¹⁴ Connell, R.W. *Masculinities*. Berkeley: University California Press, 2005.p. 84

dad que recurre a un diverso repertorio cultural de conducta masculina, y que a su vez se compone de rasgos de clase, etnia, raza, religión y otras identidades. Connell hace énfasis en los aspectos relacionales de las identidades de género y su maleabilidad, y resalta el campo desigual de poder en el que todos los géneros se constituyen. De esta manera, en cualquier contexto dado existe una “masculinidad hegemónica” — “la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un patrón dado de relaciones de género, una posición que es siempre discutible”¹⁵. Este tipo de masculinidad oculta las alternativas — no sólo las formas de masculinidad alternativas que existen en cualquier contexto cultural dado, sino también las que existen en cualquier hombre a nivel individual.

¿Cómo podemos enriquecer tanto la teoría como la práctica al explorar las maneras como se producen los hombres militarizados y se pone en práctica la masculinidad militarizada? ¿Cómo podemos incluir estrategias diseñadas para reconstruir activamente lo que significa ser hombre? Si deseamos promover más eficazmente las metas de los procesos de DDR y de justicia transicional, es necesario explorar las conexiones entre los hombres, las armas y el uso de la violencia, y diseñar estrategias para modificar la configuración de las prácticas que le dan sentido no sólo a lo que es “ser hombre” sino lo que significa “ser hombre a cabalidad”¹⁶.

En este trabajo me concentraré en la economía cultural y política de la masculinidad militarizada y abordaré el acceso reducido que los excombatientes tienen a los símbolos del prestigio masculino de la sociedad civil. Analizaré las “técnicas del cuerpo” que producen tanto el cuerpo como el porte de un soldado entre hombres cuyo único capital suele ser su cuerpo. Exploro el papel tanto de los hombres como de las mujeres en la construcción de las prácticas utilizadas para producir formas de masculinidad violentas, resaltando los aspectos relacionales de todas las identidades de género. Concluyo considerando cómo se podría incorporar el género al programa de DDR en Colombia como un paso importante hacia la reincorporación exitosa, la construcción de paz y el cambio social sostenible.

2. DDR y la búsqueda continua de la paz en Colombia

Durante la larga historia del conflicto armado interno en Colombia todos los presidentes han intentado, de una u otra manera, lograr algún tipo de victoria militar o, enfrentada a esa imposibilidad, negociar la paz. Aunque está fuera del alcance de este artículo presentar una revisión exhaustiva de los esfuerzos pasados en esta materia, existen ciertos rasgos claves que merecen nuestra atención y que nos permiten comprender tanto los grandes retos como las posibilidades que representa el proceso actual de desmovilización en Colombia¹⁷.

En el glosario de la reconstrucción, posconflicto y la construcción de paz, existen tres términos que son omnipresentes: desarme, desmovilización y reincorporación¹⁸. Según la definición del Departamento de Operaciones de Mantenimiento de la Paz de las Naciones Unidas (UNDPKO, por sus siglas en inglés) en el contexto de los procesos de paz, el desarme consiste en la recolección, control y eliminación de armas pequeñas, municiones, explosivos y armas ligeras y de apoyo de las manos de los excombatientes y, dependiendo de las circunstancias, de la población civil. La desmovilización es el proceso por el cual las organizaciones armadas (que pueden incluir fuerzas del gobierno o de la oposición o, simplemente facciones armadas) disminuyen su tamaño o se desmantelan como un componente de una amplia transformación de un estado de guerra a uno de paz. En general, la desmovilización involucra la concentración, acuartelamiento, desarme, manejo y licenciamiento de los excombatientes, quienes pueden recibir alguna forma de compensación u otra ayuda como motivación para deponer las armas y reincorporarse a la vida civil. Finalmente, la reinserción o reincorporación consiste en las medidas dirigidas a los excombatientes, con el fin de reforzar su capacidad y la de sus familias para reintegrarse social y económicamente a la sociedad. Los programas de reinserción pueden incluir tanto asistencia económica u otro tipo de compensaciones como capacitación técnica o profesional, o instrucción en otras actividades productivas.

¹⁵ *Ibid.*, p. 76.

¹⁶ Herzfeld, Michael. *The Poetics of Manhood: Contest and Identity in a Cretan Mountain Village*. New Jersey: Princeton, 1985. Para un examen del «desempeño de la excelencia».

¹⁷ Los esfuerzos colectivos de desmovilización involucraron exclusivamente a los grupos paramilitares. Por otro lado, dentro de los programas de desmovilizaciones individuales hay excombatientes de las FARC, ELN y en menor grado, los paramilitares. Para obtener una excelente visión general del proceso de desmovilización individual, ver Cardenas Sarrias, José Armando. *Los parias de la guerra: Análisis del proceso de desmovilización individual*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2005.

¹⁸ Departamento de Operaciones encargadas de Mantener la Paz de Naciones Unidas, *Disarmament, Demobilization and Reintegration of Ex-Combatants in a Peacekeeping Environment: Principles and Guidelines* (1999).

El DDR — en su formulación e implementación tradicionales — estaba ubicado dentro de un marco militar o de seguridad¹⁹. Este enfoque no tuvo suficientemente en cuenta a las comunidades receptoras ni la necesidad de considerar las concepciones locales, culturales o de género de lo que constituye la rehabilitación y resocialización de los excombatientes. Según lo discutido por Colletta, Kostner y otros, en su evaluación de los programas de DDR en el África subsahariana: “la integración a largo plazo es, en últimas, el criterio por el que se mide el éxito del DDR” y en general, existe un amplio consenso en que la reincorporación es la fase más débil del proceso de DDR, lo que ha llevado a que se considere necesaria su reforma²⁰. En el Modelo de DDR Integrado de las Naciones Unidas (UNIDDRS, por sus siglas en inglés), publicado recientemente, las Naciones Unidas resaltan las deficiencias entre los esfuerzos de reincorporación e insisten en “la necesidad de medidas que sean consultadas y cuenten con la colaboración de todos los miembros de las comunidades y otros actores involucrados en ellas, y que [los programas de DDR] hagan uso de los incentivos de desarrollo que sean apropiados para cada localidad”²¹.

El breve panorama que presento a continuación sobre los esfuerzos de DDR en el pasado en Colombia ofrece amplia evidencia de cada una de las debilidades mencionadas. Los esfuerzos previos para desmovilizar a la guerrilla pueden resumirse con el nombre de una de las leyes que reglamentó el proceso de desmovilización durante el gobierno del presidente Betancur (1982 - 1986): la Ley 35, llamada Ley de Amnistía Incondicional en Pro de la Paz. Ésta reflejaba el ambiente legal en el que se ofrecían amnistías generales a cambio de “paz y estabilidad”. El tratamiento legal a los excombatientes se “solucionaba” con un enfoque descrito como “perdón y olvido en pro de la paz”, una aseveración tan amplia que dejó un gran espacio para la interpretación- y para la manipulación. Lo cierto es que los excombatientes gozaban de una amnistía total. Fuera de esta concesión, el gobierno no consideró lo que podría suceder con los desmovilizados de la guerrilla. Por ejemplo, la Ley 35 fue la base para el Acuerdo de La Uribe en 1984 en el que las FARC acordaron un cese al fuego y anunciaron la creación de un partido político, la Unión Patriótica (UP). De la UP hicieron parte algunos combatientes

de las FARC - Iván Márquez y Braulio Herrera, por ejemplo, pero también sectores de la oposición, de los partidos tradicionales y miembros del Partido Comunista. Sin embargo, una vez se constituye como partido político legítimo, aproximadamente 3.000 de sus miembros fueron asesinados por los paramilitares, narcotraficantes y algunos sectores del Estado²². El gobierno fue incapaz de garantizar la seguridad de los militantes de la UP y el fantasma de esta experiencia previa de desmovilización parcial y su posterior matanza, ha rondado las negociaciones con los demás grupos guerrilleros hasta nuestros días.

Para la época de las elecciones presidenciales de 2002, un número cada vez mayor de colombianos exigía un cambio. La debacle de los procesos de paz anteriores inclinó a varios sectores de la sociedad colombiana hacia alguien que pudiera enfrentar la violencia con “mano dura”. Álvaro Uribe se comprometió a ser ese hombre. El presidente Uribe no estaba dispuesto a dialogar con las FARC, a quienes consideraba una “amenaza terrorista”. Más bien, Uribe muy cautelosamente exploró la posibilidad de negociar con los paramilitares y, al mismo tiempo, prometió contener a la guerrilla. Hay cierta ironía en estas negociaciones pues en parte la desmovilización de los paramilitares terminó siendo un esfuerzo por “desparamilitizar” el Estado colombiano. Es claro que iniciativas gubernamentales previas para remediar la ausencia de autoridad en ciertas partes del país a través de grupos de autodefensa, excedieron el control del Estado. De manera que eventualmente el gobierno estaba destinado a negociar la paz no sólo con las guerrillas sino también con los paramilitares. Según lo describe García Peña, “el ingrediente más innovador del gobierno actual es la negociación con las AUC que quebranta la postura mantenida por todos los gobiernos desde 1989 cuando el presidente Barco declaró ilegales a los grupos de autodefensa. Debido a esto, el marco analítico cambia radicalmente; siempre se pensó que la desmovilización de los paramilitares traería como resultado la paz con la insurgencia — fuese simultánea o posterior — porque los paramilitares siempre han aducido que ellos son una consecuencia de la guerrilla”²³.

En agosto de 2002, el gobierno Uribe inició las negociaciones con los paramilitares para la desmovilización colectiva

¹⁹ *Ibidem* y ver también Knight, Michael y A. Ozerdem. “Guns, Camps and Cash: Disarmament, Demobilization and Reinsertion of Former Combatants in Transitions from War to Peace”, *Journal of Peace Research* 499 (2004).

²⁰ Nat Colletta y otros. *The Transition from War to Peace in Sub-saharan Africa* (Banco Mundial, 1996).

²¹ United Nations Integrated Disarmament, Demobilization and Reintegration Standards, (2006).

²² Ver el excelente análisis de Steve Dudley sobre La Unión Patriótica, in Steven Dudley, *Walking Ghosts: Murder and Guerrilla Politics in Colombia* (2004) (Armas y Urnas. Bogotá: Planeta, 2008).

²³ Entrevista a Daniel García-Peña. En Amnistía Internacional, *The Paramilitaries in Medellín: ¿Demobilization or Legalization?* (2005).

de las AUC²⁴, y a la vez, promovió la desmovilización de combatientes a nivel individual con todos los grupos armados. Luis Carlos Restrepo fue nombrado Alto Comisionado para la Paz y se le asignó la tarea de negociarla. La firma del Acuerdo de Santa Fe de Ralito I, el 15 de julio de 2003, marcó el comienzo de las conversaciones formales entre los grupos paramilitares vinculados con las AUC y el gobierno. Los términos del acuerdo incluían la desmovilización de todos los combatientes para finales de 2005 y la concentración de sus líderes y tropas en localidades específicas. Las negociaciones obligaron a las AUC a suspender sus acciones bélicas, a mantener un cese al fuego unilateral y a ayudar al gobierno en sus esfuerzos contra el narcotráfico²⁵.

El Acuerdo de Santa Fe de Ralito II que se firmó el 13 de mayo de 2004, estableció una zona de ubicación de 368 km² en Tierralta, Córdoba²⁶. Dicha zona se creó para facilitar y consolidar el proceso entre el gobierno y las AUC, mejorar la verificación del cese al fuego y establecer un cronograma para el proceso de desmovilización.

Los Acuerdos también contaron con la participación de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la OEA (MAPP-OEA), que se puso al frente del proceso de verificación con respecto al desarme y desmovilización de los combatientes. Entre 2002 y 2009 (febrero), 31.671 combatientes de las AUC se han desmovilizado colectivamente y 17.946 miembros de las FARC, del ELN y de grupos de autodefensas se han desmovilizado individualmente²⁷.

Además de las iniciativas anteriores, el 22 de julio de 2005, el presidente Uribe firmó la Ley 975, Ley de Justicia y Paz. Dicha ley representa las tensiones entre paz y justicia y dio pie a que las organizaciones de familiares de las víctimas objetaran ciertos aspectos importantes, al no proporcionar suficiente certeza sobre el derecho de las víctimas y sus familias a la verdad, la justicia y la reparación²⁸. Presionado por dichas organizaciones y por organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos, el gobierno se vio forzado a modificar la ley. Aunque seguía siendo imperfecta frente a los estándares internacionales de derechos humanos, el dictamen de la Corte Constitucional colombiana de

mayo de 2006 indudablemente sirvió para fortalecer la ley y responder a estas objeciones. Si en algún momento los estados ejercieron su prerrogativa soberana de conceder amnistías en aras de la conveniencia política, estabilidad y paz — prerrogativas que caracterizaron los esfuerzos pasados de desmovilización en Colombia — los cambios en las normas internacionales han puesto cada vez más límites al otorgamiento de indultos a los perpetradores, forzando a los gobiernos a abordar los temas de justicia transicional como la verdad, la justicia y la reparación. Así, el gobierno de Uribe se ha visto forzado a poner en práctica el proceso de DDR en el terreno de la justicia transicional, lo cual presenta tanto oportunidades como desafíos.

Enseguida paso a retomar mi investigación sobre los desmovilizados a fin de explorar la manera como el DDR y la justicia transicional pueden trabajar simultáneamente y cómo los dos campos podrían beneficiarse al incluir un enfoque en los hombres y en las formas de masculinidad.

²⁴ Para un análisis detallado del marco legal para este proceso y los debates resultantes, ver Laplante, Lisa J. y Theidon, Kimberly. "Transitional Justice in Times of Conflict: Colombia's Ley de Justicia y Paz", *Michigan Journal of International Law* 28 (2006). 49-108.

²⁵ Amnistía Internacional, *The Paramilitaries in Medellín: ¿Demobilization or Legalization?* (2005) p. 8.

²⁶ Puesta en marcha por la Resolución 092 de 2004 que tuvo el efecto de suspender las órdenes de arresto de los miembros de las AUC que estén dentro del perímetro de su área de 368 km² durante el período que esté en efecto, en principio hasta el primero de diciembre de 2004. El acuerdo establece que la zona estará vigente durante seis meses que pueden extenderse dependiendo de las necesidades del proceso y que en caso de que la zona dejara de estar vigente debido a una decisión coordinada o unilateral, los miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia tendrán un período de cinco días para evacuar dicha zona. La Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la OEA (MAPP/OAS) verificará el cumplimiento con esta garantía, acompañada por la Iglesia.

²⁷ Ver *Programa de Ayuda Humanitaria al Desmovilizado*, Ministerio del Interior, Colombia (2006).

²⁸ Ver *Ibid.*, Laplante y Theidon. "Transitional Justice in Times of Conflict: Colombia's Ley de Justicia y Paz".

3. Métodos

Desde enero de 2005 vengo realizando una investigación de carácter antropológico sobre los programas de desmovilización a nivel colectivo e individual en Colombia²⁹. La primera etapa del proyecto incluyó entrevistas detalladas con los desmovilizados para determinar dónde enfocar los estudios de caso. El análisis de dichas entrevistas me llevó a seleccionar tres escenarios con el objetivo de obtener las dinámicas regionales: (1) Las Casas de Paz en Bogotá y a las afueras de la ciudad; (2) los Centros de Referencia y Oportunidades (CRO) en Bogotá y Medellín, además de dos barrios en esta última ciudad; y (3) el CRO en Turbo, al igual que tres proyectos de desarrollo en Turbo y Apartadó³⁰. A la fecha, mi asistente de investigación y yo hemos entrevistado 137 hombres y 33 mujeres excombatientes de las AUC, FARC y el ELN. Asimismo he trabajado con desmovilizados y reinsertados, con representantes de entidades del Estado y ONG, con representantes de los organismos de seguridad del Estado, las iglesias católica y evangélica, y con varios sectores de las comunidades receptoras. Es obvio que la unidad de análisis e intervención debe extenderse más allá de los antiguos combatientes para incluir su ambiente social. Solamente entonces podremos pensar en cómo articular los procesos de DDR con las medidas de la justicia transicional.

En términos metodológicos, creo que la utilidad de los cuestionarios resulta limitada para estudiar temas delicados y procesos subjetivos en un clima de gran desconfianza. Por ello opté por complementar las entrevistas semi-estructuradas con una presencia continua, y por observar y conversar en lugar de limitarme a hacer entrevistas formales. Utilicé un enfoque etnográfico con la esperanza de que al alejarme de la dinámica absoluta del blanco o negro de las estadísticas, podré explorar esa zona gris que caracteriza las realidades complejas de una guerra fratricida.

4. En busca del respeto³¹

Tuve mi primera conversación con un miembro de los paramilitares en el verano de 2001, varios años antes de que se iniciara el proceso de desmovilización³². Un amigo de la Diócesis de Apartadó sabía que estaba interesada en hablar con algún miembro de las AUC y me mencionó que un amigo de la infancia se había unido a ese grupo y podría estar interesado en hablar conmigo. Unos días más tarde trajo a Vladimiro a mi hotel en Apartadó. Aunque Vladimiro llegó vestido de civil, la recepcionista del hotel al llamarme por teléfono dejó claro el miedo que Vladimiro inspiraba a pesar de no estar uniformado. “*La necesitan abajo*”, me informó en forma sucinta. Cuando bajaba las escaleras hacia la recepción, los tres empleados del hotel que estaban detrás del mostrador parecían muy deliberadamente concentrados en su trabajo. Nunca levantaron la vista cuando saludé a Vladimiro con un apretón de manos y los invité a él y a mi amigo Jefferson a mi habitación. Cuando nos dirigíamos hacia las escaleras, miré por encima del hombro y los tres empleados seguían completamente ensimismados en sus tareas.

Una vez en mi habitación, destapamos unas Coca-Colas heladas, cerramos las cortinas y pregunté si podía grabar nuestra conversación. Le aseguré a Vladimiro que cambiaría su nombre cada vez que él se refiriera a algo que hubiera dicho; se rió y me dijo que no habría problema. La preocupación inicial sobre si sería muy poco comunicativo se vio disipada rápidamente a medida que avanzábamos en nuestro diálogo de tres horas e incluso a veces, parecía sentirme en un confesionario. Comenzó hablando muy despacio, midiendo sus palabras y mis reacciones. Mi interés en escuchar sus experiencias era igual a su necesidad de narrarlas. Todo esto mientras yo bebía con mucha calma mi Coca-Cola.

Durante las siguientes tres horas Vladimiro me inspiró tanto repulsión como lástima. Había completado el año obligatorio del servicio militar y cuando terminó se vio formando parte de las cada vez más congestionadas filas de desempleados. Las estadísticas oficiales de desempleo oscilaban en

²⁹ Aunque los procesos de desmovilización colectivos e individuales varían en algunos detalles, he entrevistado a varios excombatientes en los dos programas porque estoy interesada en la fase de reincorporación y las experiencias tanto de estos combatientes como de sus familias y comunidades anfitrionas.

³⁰ Los Centros de Referencia y Oportunidades (CRO) estaban manejados por el Ministerio del Interior y proporcionan orientación, consejeros, apoyo social y otras formas de asistencia. Sin embargo, con la creación de la Alta Consejería para la Reintegración ACR (septiembre del 2006) dichos centros pasan a denominarse como Centros de Servicios de la ACR con unas funciones similares.

³¹ Tomé este título del libro de Philippe Bourgois sobre la cultura de la calle, tráfico de drogas y la masculinidad en el este de Harlem. Ver Philippe Bourgois, *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Berkeley: UC Press, 1995.

³² Estaba acompañando a las Comunidades de Paz, las cuales estaban bajo la constante presión de los paramilitares y las FARC. Ver Theidon, Kimberly. *Practicing Peace, Living with War: Going Upriver in Colombia*, Center for International Policy, Washington DC, disponible en: <http://www.ciponline.org/colombia/01103001.htm> (2001).

20% y estas estimaciones se estabilizaban al incluir vendedores harapientos en los semáforos que corren para limpiar un parabrisas o vender chicles a los conductores que esperan impacientemente a que cambie la luz a verde. Vladimiro se cansó de estar desempleado y de que sospecharan de él por todo lo que pasaba. Como me explicó: *“En mi barrio, si algo falta — es decir, si alguien ha sido víctima de un robo — todo el mundo empieza a fijarse en los que no tienen trabajo. No me gustaba sentir que todos sospecharan de mí”*.

Luego de permanecer varios meses sin trabajo, decidí responder un aviso de reclutamiento que apareció en la pared de la tienda de su barrio. El volante dirigía a los interesados a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) — las fuerzas paramilitares que operaban en todo el país y que servían como un “sistema de seguridad” privado. Tuve que pedirle que repitiera esto, puesto que me dejaba atónita que los paramilitares que eran supuestamente ilegales estuvieran reclutando gente por medio de volantes en las paredes de las tiendas. *“Sí, — respondió — y además tienen su propio sitio web donde uno puede entrar y leer todo lo relacionado con las AUC”. La impunidad se manifiesta de innumerables maneras³³*.

En medio de un profundo desempleo, Vladimiro firmó un contrato de 450.000 pesos mensuales — algo más del salario mínimo del momento. Él siempre retornaba a este tema, repitiendo una y otra vez que no había trabajo en Apartadó. Ahora que estaba vinculado con los paramilitares, *“todos me tratan con respeto. No es como antes. Cuando camino por la calle, la gente se sale de mi camino. Puedo enviarle 350.000 pesos mensuales a mi madre — ahora ella está bien. Incluso, pude ahorrar y le compré una casa”*.

Comenzó con un sueldo de 450.000 pesos porque ya tenía entrenamiento militar. Durante el tiempo que estuvo en el “campo educativo” de los paramilitares estuvo examinando armas, aprendiendo a interrogar, matar y sobre derechos humanos. Abrí los ojos, incrédula: *“¿Derechos humanos? ¿Le enseñaron sobre derechos humanos?”*

“Sí”, afirmó. *“Nos dijeron que cuando fuéramos a matar a todos en un pueblo, era necesario que lo hiciéramos de uno en uno y durante varios días. Si los matábamos a todos al tiempo, lo llamarían masacre y tendríamos problemas con los derechos humanos”*. No pude evitar hacer un gesto. Incliniéndose hacia delante me dijo: *“Nos toca tomar medidas drásticas, Una orden es una orden”*.

Cuando ya llevábamos conversando alrededor de dos horas — luego de que explicara que era necesario *“terminar con todos porque si un guerrillero cae, hay cinco detrás de él esperando a matarte”*— hizo una pausa y empezó a hablar del frío en el monte, la falta de alimentos y el amigo cercano que murió al lado de él. *“Se me escapó una lágrima cuando murió. Arriesgo mi vida por 450.000 pesos. Los amigos se mueren y uno no puede hacer nada”*.

Había estado tan concentrada en Vladimiro que sólo le quitaba los ojos de encima cuando finalizaba la cinta. Por alguna razón, dirigí la mirada hacia mi amigo Jefferson que estaba como hundido en la cama, sosteniéndose la cabeza con sus delgadas manos. Creo que había estado sentado de esa manera durante un rato y permaneció así hasta que terminé de hablar con Vladimiro.

Terminar es la palabra equivocada. Él hubiera seguido hablando aún cuando se me hubieran terminado las cintas. Me sentí mal cuando le tuve que decir que tenía una cita a las 7 pm con alguien de la Diócesis y necesitaba tiempo para alistarme. Fueron unos minutos bastante incómodos mientras apagaba la grabadora y me ponía de pie. Los tres bajamos las escaleras y acompañé a Vladimiro a la puerta. Nos despedimos con un beso en la mejilla, puesto que estrechase la mano hubiera sido extraño luego de ese encuentro tan personal.

Jefferson volvió conmigo arriba, moviendo la cabeza con incredulidad. *“Lo conozco desde que éramos niños. Jugábamos fútbol juntos, fuimos al mismo colegio. Crecimos juntos”*. Me limité a cogerle la mano, esa misma mano delgada que sostenía sus sienes durante la confesión secular de Vladimiro.

Las motivaciones complejas que estos hombres tienen para unirse a los grupos armados es uno de los componentes de la economía política y cultural de las formas violentas de masculinidad que me interesa. Vladimiro había culminado su servicio militar y terminó regresando a su barrio pobre y al mercado laboral en el que era simplemente un joven desempleado. Me siento tentada a agregar *un joven más entre los desempleados y no calificados* pero eso no sería exacto. Aunque nunca terminó la primaria o tuvo un empleo en la economía formal, tenía unas habilidades que podía vender: destreza con las armas y experiencia en combates³⁴.

Las Fuerzas Armadas Colombianas venden la idea del reclutamiento como una oportunidad para ascender socialmente y, como en muchos países, la vida militar se vincula al concepto de ciudadanía³⁵. Aunque los excombatientes con los que he adelan-

³³ A mediados de los años 90 las AUC comenzaron activamente a reclutar combatientes, incluyendo a ex guerrilleros. Ver Springer, Natalia. *Desactivar la guerra: alternativas audaces para consolidar la paz*. Bogotá: Aguilar, 2005.

³⁴ En 2006 conversé con el director del CRO en Turbo y me informó que 60 a 70% de los excombatientes que participaban en el programa eran funcionalmente analfabetos.

tado este estudio eran todos miembros de un grupo armado ilegal, la movilidad social era un factor que también los motivaba. La mayoría de estos hombres provienen de familias humildes y para algunos de ellos unirse a la guerrilla significaba tener alimentación, un arma y un uniforme. Y para los que se unieron a los paramilitares, no sólo implicaba eso, sino que también un salario mensual. En el complejo escenario de violencia que caracteriza a Colombia, pasar por el ciclo de pertenecer a un grupo armado es un ritual para muchos jóvenes³⁶. En un contexto de violencia generalizada, la proliferación de redes criminales, un mercado laboral legal limitado y una economía cultural que fusiona las armas, la masculinidad y el poder, el hecho de sostener un arma no es necesariamente una aberración.

Sin duda, para los miembros de las clases sociales más pobres, una “cultura de las armas” generalizada borra los límites entre la zona de combate y la sociedad civil. En las conversaciones que sostuvimos con los desmovilizados, siempre preguntábamos por qué se habían unido a estos grupos. Para los excombatientes de las FARC o el ELN, las razones primordiales eran: porque una persona conocida los había convencido de unirse a ellos (21%); porque vivían en una zona controlada por un grupo armado e ingresar a las tropas era casi *lo normal* (36%); porque habían sido reclutados a la fuerza o por amenazas (9%); o por razones económicas (9%). Para los excombatientes de las AUC, sus razones principales eran: porque una persona conocida los había convencido de unirse a ellos (29%); porque vivían en una zona bajo control paramilitar y unirse a ellos era “lo que se esperaba de uno” (17%); reclutados a la fuerza o por amenazas (14%); o por razones económicas (27%).

Si combinamos las razones “vivían en una zona controlada por un grupo armado” e “ingresó por una persona conocida” vemos que estos jóvenes crecieron en contextos en los que las alternativas a la guerra eran prácticamente invisibles³⁷. Utilizo el término *jóvenes* en forma deliberada, puesto que el 65% de estos excombatientes se unieron a un grupo armado cuando aún eran menores de edad. Por ejemplo, Ramón estuvo cuatro años con las AUC en Montería. Cuando le preguntamos la razón por la cual se unió a ese grupo armado, respondió encogiéndose de hombros, “*Aburrimiento. Pero más que todo porque donde crecí, ellos tenían armas y todos los respetaban. Pagaban muy bien. Hasta uno podía tomar vacaciones. No es como en la guerrilla donde uno se muere de hambre y no lo dejan visitar a la mamá. Además donde crecí, el Estado no existe. Montería es puro paraco*”.

Vale la pena asimismo mencionar que estos excombatientes viven con imágenes de una *masculinidad militarizada*—tanto los hombres como las mujeres. Esto es especialmente cierto con respecto a los ex paramilitares que explican que unirse a las AUC les permitió sentirse “como un gran hombre en las calles y barrios,” “poder salir con las mujeres más bonitas” y “vestirse bien”. Todo esto no se lo hubieran podido permitir, insisten, sin portar un arma³⁸. En Medellín, J.M. resumió la razón por la que se había unido a los paramilitares: “*En este país el hombre que porta un arma es un hombre con poder*”. Una de las metas del proceso del DDR debe ser el de “desmilitarizar” los modelos de masculinidad que estos hombres y mujeres tienen, en particular cuando estos hombres tienen tan poco acceso a los símbolos civiles de prestigio masculino, tales como educación, ingresos legales o una vivienda decente³⁹. Hago énfasis en tanto los hombres

³⁵ Agradezco a Marcelo Fabre por notar este aspecto de la estrategia de reclutamiento de las Fuerzas Armadas colombianas. Para un análisis de los vínculos entre la vida militar, la ciudadanía y clase y/o movilidad étnica en otros contextos latinoamericanos, ver Nelson, Diane M y Finger A. *In the Wound: Body Politics in Quincentennial Guatemala* (1999); Gill, Lesley. “Creatings Citizens, Making Men: The Military and Masculinity in Bolivia”, *Cultural Anthropology* 12 (1997); Canessa, Andrew. *Natives Making Nation, Gender, Indigeneity and the State in the Andes* (2005); Theidon, Kimberly. *Intimate Enemies: Violence and Reconciliation in Peru* (próxima a publicarse) (manuscrito en poder de la autora); y Wilson, Richard A. *Maya Resurgence in Guatemala: Q'Eqchi' Experiences* (1999).

³⁶ Para un examen fascinante del papel de la violencia en la creación de masculinidad, con la tortura como un importante ritual que confiere autoridad a los hombres jóvenes que la sobreviven, ver Peteet, Julie “Male Gender and Rituals of Resistance in the Palestinian Intifada: A cultural politics of violence”, *American Ethnologist* 31 (1994).

³⁷ Me recuerda el documental *La Sierra*, que se filmó en las comunas pobres en las empinadas cuevas que están sobre Medellín. Los muchachos en la película pertenecen a los paramilitares, la guerrilla y a una variedad de pandillas o *parches*. Ellos, en forma consistente, siempre se refieren a la lucha entre sus grupos por el control de las comunas, como «la guerra». Durante mi investigación en Medellín en 2006 y 2007, me acostumbré a que un grupo de muchachos me escoltara a la otra esquina de la calle, y quienes una vez alcanzada la esquina, se marcharan porque no se atrevían a cruzar la calle y entrar al territorio de la otra pandilla. Aunque el proceso de DDR ha trasladado las armas de la calle a las casas, una cartografía criminal y complejo dictamina quien puede moverse y adonde.

³⁸ La militarización de la sociedad colombiana es impresionante. Recuerdo una propaganda el año pasado que apareció con frecuencia en la televisión, como componente de la iniciativa de *Seguridad Democrática* de Uribe: “Colombia, un país de 40 millones de soldados” que se refería a la promoción de una red de “informantes ciudadanos” como medio de extender la autoridad del estado a lo largo del territorio.

³⁹ Ver Ortner, Sherry y Whitehead, Harriet ed. *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality* 14 (1981) para un examen del papel que juegan las mujeres en las estrategias de prestigio de los hombres. El prestigio según lo definen, incluye el dominio de ideas y recursos humanos, poder político, aptitudes personales y su conexión con los ricos, poderosos y talentosos.

como las mujeres porque dicha masculinidad militarizada es parte de una representación: el público no solamente está compuesto de otros hombres con los que luchan por un lugar dentro de la jerarquía del grupo armado, sino también está compuesto por las jóvenes mujeres que buscan a estos grandes hombres porque son parejas deseables en una economía de guerra.

El hecho de ser deseables resalta el papel de la mujer en “formar hombres”⁴⁰. Cockburn nota que los sistemas masculinos dominantes involucran una jerarquía dentro de los hombres — que producen de esta manera, unas formas de masculinidad diferentes y desiguales — y que dichas formas de masculinidad siempre se definen entre sí y con relación a las mujeres⁴¹. Constantemente se me aseguraba que a las mujeres “las atraía este tipo de hombres” y esta evidencia me abrumaba. Me limitaré a dar un ejemplo.

5. Asignarle género a la seguridad

“En las noches calurosas eran los jóvenes paramilitares los que llenaban la zona rosa de Apartadó. Las Autodefensas Unidas de Colombia habían logrado el control de la ciudad, como resultado de meses de «limpieza social» en los barrios pobres que rodean la ciudad. Habían recorrido los barrios con sus listas de nombres; en ocasiones, se llevaban a sus víctimas y en otras las mataban en frente de sus familiares. El Barrio Obrero, el Barrio Policarpa — los rumores sobre los nombres que aparecerían en esas listas provocaban un continuo nivel de ansiedad en los barrios. Y sin embargo la *zona rosa* estaba llena de vida. Los bares, las discotecas, los restaurantes estaban todos concurridos, con la música a todo volumen, casi todas las noches. Caminaba por la calle principal con mis amigos, atónita ante el número de hombres jóvenes que estaban en todas partes. En cada establecimiento, había docenas de jóvenes sentados con una mano en su arma y con la otra, abrazando a una mujer joven vestida por completo en *spáñdex* y maquilladas con sombras de colores intensos. Estábamos literalmente rodeados de paramilitares a cuyas cabezas rapadas les asomaban pelos como cerdas de jabalí y vestidos con ropa costosa, con la marca Oxígeno estampada en los bolsillos. Una colega española que trabaja en ACNUR me aseguró que podíamos caminar tranquilas; en efecto — según explicó: «Desde que los *muchachos* tienen el control, no tengo que volver a trancar la puerta de mi casa. La puedo dejar abierta sin problema. *Hay tanta seguridad aquí que nadie toca nada*»”.

— Notas de campo, Apartadó, junio de 2001

No soy la primera investigadora en sostener que la justicia y la seguridad son “bienes privados” en Colombia; es obvio que el Estado ha fallado estrepitosamente en ambas áreas. Sin embargo, además de la privatización de la seguridad, quisiera tener en cuenta la manera en que a la seguridad misma se le ha asignado un género y cuáles son las consecuencias de esto. Los aspectos de la seguridad a los que se les ha asignado un género fueron claros para mí en Ayacucho (Perú) cuando trabajaba con comunidades que habían sido severamente afectadas por el conflicto armado

⁴⁰ Ver Guttman, Matthew. “The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City”, *Annual Review of Anthropology*, Vol 26 (1996) 385-409, para un análisis etnográfico profundo del papel que juegan las mujeres en la creación de las formas de masculinidad.

⁴¹ Cockburn, Cynthia. “The Gendered Dynamics of Armed Conflict and Political Violence” En *Victims, Perpetrators or Actors?: Gender, Armed Conflict and Political Violence* (N. O. Moser, Caroline y Clark, Fiona editores). Londres: Zed Books, 2001.

interno en ese país⁴². Bajo la amenaza de ataques guerrilleros, las autoridades en varias comunidades solicitaron la instalación de bases militares para su “protección”. Durante mis años de investigación me enteraría que el nivel de violencia sexual en esas comunidades era asombroso. Por eso, empecé a cuestionarme sobre ¿la seguridad “de quien” y a qué precio?⁴³ Los acuerdos comunales involucraban ciertos acuerdos de tipo sexual y la seguridad era un producto al que se le asignaba un género. Los hombres en esas comunidades construían las bases militares que se multiplicaron por todo Ayacucho durante la violencia y las mujeres y niñas “le prestaban servicios” a las tropas. En algunas de las comunidades con las que trabajé, el sexo se volvió una mercancía cuando las mujeres empezaron a venderlo. Sin embargo, las violaciones eran mucho más comunes. La “seguridad” comunal funcionaba de manera contradictoria.

Aunque los detalles pueden ser diferentes en las regiones colombianas en las que he trabajado, sin duda las dinámicas de género son inquietantemente similares. Las armas — y los hombres que las usan — son al mismo tiempo, una amenaza y una fuente de seguridad en un ambiente en extremo violento⁴⁴. Varios de los excombatientes con los que he trabajado le temen a las represalias de otros miembros de su grupo que permanecieron activos. Como un ex paramilitar en Bogotá me comentó: “Sobre todo, le temo al Plan Pistola”. Apoyando su mano contra la cabeza como si fuera un arma a punto de ser disparada, — explicó — “sabemos que los grupos armados nos están persiguiendo. Envían asesinos. Por esa razón no puedo boletearme en el pueblo (que lo vean en el pueblo) porque me matan”.

Sin embargo, los excombatientes no sólo temen por sus vidas sino también temen las represalias contra sus seres queridos a quienes están dispuestos a proteger. La venganza por la muerte de familiares era una de las motivaciones re-

currentes en las historias de estos hombres y el castigo justo figura intensamente en su concepción de justicia. Al deponer las armas, a estos hombres se les presenta un dilema: entregarlas y confiar que la policía los proteja y a la vez, decidir cómo van a proteger a sus familias en caso de que los actores armados los busquen. Aunque algunos de los excombatientes aceptan de forma estoica la posibilidad de su propia muerte, no lo son tanto cuando consideran el posible asesinato de sus parejas, madres o hijos. Como se me comentó frecuentemente: “Fui entrenado para esto y ellos no lo fueron. Si alguien viene a buscarme, defenderé a mi familia — no tienen el entrenamiento para este tipo de mierda”.

La seguridad es una de las razones por la que las mujeres buscan a este tipo de hombres⁴⁵. En 2007, durante una de mis visitas a las comunas de Medellín, estuve toda una tarde conversando con un grupo de excombatientes, sus madres y novias⁴⁶. Nadie portaba un arma; cuando buscaban algo en sus bolsillos, sacaban por lo general una billetera con fotos de un bebé. A medida que entrábamos y salíamos de sus casas, varias personas nos señalaron los agujeros de bala en las paredes y recordaron a los amigos a quienes habían amortajado vistiendo su mejor ropa.

Pude hablar con algunos de los muchachos a solas mientras estábamos en un parquecito que construían para sus hijos. Les pregunté si se sentían seguros y yo sabía que esta pregunta causaría risas y gritos.

“¿Entonces, qué hacen ahora? — pregunté — Me preocupan ustedes, sus familias”.

Un muchacho asintió y respondió a nombre del grupo. “Tenemos protección en nuestras casas. Mantenemos algún tipo de protección, en caso de que algo suceda”.

Cuando mi colega y yo caminábamos hacia la esquina y nos despedíamos porque íbamos hacia el territorio de otra pandilla — agregó — “Sé que tienen armas en sus casas. No

⁴² Ver Theidon, Kimberly. *Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004; Ibíd., Theidon, Kimberly. “*Transitional Subjects? The Disarmament, Demobilization and Reintegration of Former Combatants in Colombia*”; y Theidon, Kimberly. “*Gender in Transition: Common Sense, Women and War*”, *Journal of Human Rights* 453 (2007).

⁴³ Aquí cabe reflexionar sobre el efecto de la militarización y las nuevas formas de seguridad e inseguridad que implica una continua presencia militar. Para un interesante análisis sobre este punto, ver Enloe, Cynthia. *Does Khaki Become You? The Militarisation of Women's Lives* (1988) y Susie Jacobs y otros (editores), *States of Conflict: Gender, Violence and Resistance* (2000).

⁴⁴ Para una excelente narración histórica de la diversidad de formas de violencia en Colombia como también un vistazo a los procesos de reinserción previos y las limitaciones de negociar una paz parcelada, ver Sánchez, Gonzalo. “Guerra prolongada y negociaciones inciertas en Colombia”, En *Violencias y estrategias en la región andina* (Sánchez, Gonzalo y Lair, Eric editores) Bogotá: Norma, 2004.

⁴⁵ Esto es cierto no solamente en los vecindarios violentos donde viven sino también para aquellas mujeres que estuvieron en los grupos armados, en particular las FARC y el ELN. En nuestras entrevistas con mujeres excombatientes, ellas han narrado que tener un hombre como pareja era la única manera de desviar la atención no deseada de otros combatientes hombres. Además, al formar pareja con un oficial de mayor rango (comandante) podían tener acceso a ciertos beneficios tales como comida, vestuario y otros privilegios.

⁴⁶ El rol de las madres y novias es un tema que vale la pena investigar más. Me acompañó una persona que había sido un miembro importante de las milicias urbanas y que en la actualidad trabaja con la alcaldía en el proceso de Paz y Reconciliación. Mi colega me aseguró que las mujeres juegan un papel muy importante en las decisiones sobre cuando debe instaurarse la violencia, contra quien y si deber ser letal o no.

los culpo por querer defender a sus familias y a ellos mismos”. Asentí pensando cuántos muchachos terminan muertos cada año en Colombia.

Armas en sus casas como medio de protección.

Esta ironía merece más comentarios. La familia es una de las razones primordiales por las que estos excombatientes se desmovilizaron. Efectivamente, la añoranza de sus familias es uno de los temas principales de nuestras conversaciones con ellos. Algunos ex guerrilleros incluso cuentan sus años con las FARC o ELN en términos del número de navidades que pasaron sin ver a sus familias. La familia los atrae aunque también puede convertirse en el otro lugar donde impera la violencia.

Ser un “buen hombre” incluye proteger a la familia y ser un buen proveedor; así que deponer las armas puede ser castrante en varios sentidos⁴⁷. Las muchachas se sienten atraídas a estos “grandes hombres” que tienen poder adquisitivo y la capacidad para proporcionar seguridad en un contexto público violento. Por eso se esconden las armas en las casas, “por si acaso”.

No obstante, la fantasía de la familia con frecuencia entra en conflicto con la realidad de regresar con su pareja e hijos. En otro texto he sugerido que existe una “domesticación de la violencia” que sigue a la guerra⁴⁸. Un efecto duradero de la militarización de la vida cotidiana y de la formación de la masculinidad militarizada es el aumento en la violencia doméstica, un fenómeno que se encuentra en varios de los ambientes posteriores al conflicto⁴⁹. De esta manera, la seguridad que estos hombres proporcionan frente a los actos públicos de violencia pueden forzar a las mujeres a tolerar un intenso abuso en sus vidas personales. En efecto, cuando reflexiono sobre las entrevistas que he efectuado con el personal de los Centros de Paz del proceso de DDR que albergan núcleos familiares, una de las preocupaciones permanentes es cómo abordar el alto nivel de violencia intrafamiliar que caracteriza a estas parejas⁵⁰. Evidentemente esto requeriría unos cambios estructurales — por ejemplo, un Estado que pueda cumplir con sus obligaciones de administrar justicia

y seguridad, un mercado laboral legal viable y la reducción de la pobreza, aunque también se requerirían cambios en la masculinidad hegemónica que los hombres ejercen y las mujeres desean.

⁴⁷ Un fascinante y completo análisis psicoanalítico del desarme y la castración simbólica, Ver. Castro, Maria Clemencia y Díaz, Carmen Lucia. *Guerrilla reinserción y lazo social*. Bogotá: Almudena editores, 1997.

⁴⁸ Ver Theidon, Kimberly. “*Domesticando la Violencia: Alcohol y las Secuelas de la Guerra*”, Ideele: Revista del Instituto de Defensa Legal, No.120:56-63.

⁴⁹ Ver Rehn, Elisabeth y Ellen Johnson Sirleaf. *Women, War and Peace: The Independent Expert's Assessment on the Impact of Armed Conflict on Women and Women's Roles in Peace-building*. Nueva York: UNIFEM, 2002. Además, Catherine Lutz ofrece un importante análisis de la intersección entre género, raza y clase en su libro *Homefront: A Military City and the American 20th Century* (2001).

⁵⁰ En una encuesta realizada por la Universidad de Antioquia con fondos de UNIFEM, los investigadores determinaron que la violencia intrafamiliar tenía lugar en siete de diez hogares en los que el hombre era un combatiente desmovilizado. Paulina Angarita Meneses, El Tiempo, 31 de marzo de 2008, disponible en: <http://www.eltiempo.com/justicia/2008-03-31>.

6. El capital corporal: ¿Cómo se militariza la masculinidad?

“De todos los lugares en donde las masculinidades se construyen, reproducen y despliegan, aquellos asociados con la guerra y lo militar son algunos de los más directos”⁵¹.

Los excombatientes con los que he trabajado han crecido en un contexto de privaciones de clase, con escaso acceso a recursos económicos o culturales. Algunos se criaron en zonas rurales, otros en los barrios pobres que rodean las ciudades colombianas. Aunque existen diferencias importantes entre los hombres jóvenes y los grupos en los que lucharon, lo que quisiera enfatizar son los antecedentes de esa clase social compartida⁵². La masculinidad militarizada que ejercen es el resultado del entrenamiento de combate que incluye tanto el adoctrinamiento corporal como emocional; asimismo refleja una dinámica de clase más amplia que me ha llevado a efectuar un análisis en términos de una economía política de la masculinidad.

Existen similitudes importantes con la investigación de Bourgois en un barrio de bajos ingresos en Harlem. Él estaba interesado en la economía política de la cultura urbana de la calle y uno de los componentes de su estudio era las estrategias alternativas de generación de ingresos que consumían el tiempo y la energía de los jóvenes (hombres y mujeres) sentados en las entradas de los edificios en mal estado o en los capós de los carros estacionados. El autor descubrió una vasta economía subterránea: en efecto, el 40% de todos los hogares en el barrio no recibían ningún sueldo o salario legalmente declarado. Según Bourgois: “el consumo de drogas en la calle es simplemente un síntoma — un símbolo vigoroso — de la dinámica profunda de la marginalidad y alienación social”⁵³. Llama la atención del lector hacia el “asalto cultural” que la juventud del barrio enfrenta cuando sale de su vecindario. Explica: “Esto genera lo que llamo ‘cultura de la calle urbana’ que es una conflictiva y compleja red de creencias, símbolos, maneras de interactuar, valores e ideologías

que han surgido en oposición a la exclusión por parte de la sociedad en general”⁵⁴. Sin embargo, se repite una paradoja a lo largo del poderoso libro de Bourgois: “La resistencia en la cultura de la calle implica la destrucción de sus participantes y de la comunidad que los alberga. En otras palabras, aunque la cultura de la calle surge por una búsqueda personal de la dignidad y como rechazo al racismo y al sometimiento, finalmente se transforma en un agente activo de degradación personal y de ruina para la comunidad”⁵⁵.

A pesar de que los excombatientes con los que he trabajado no son todos producto de una cultura de la calle urbana, son en parte producto de opciones de vida limitadas y violencia generalizada. Varios de ellos se unieron a un grupo armado con la esperanza de alcanzar movilidad social pero cualquiera que sea la movilidad que puedan alcanzar no necesariamente se transfiere a otros campos sociales. Su capital corporal y la extrema importancia que se asigna a la fuerza física y destreza con las armas puede ser todo lo que tienen para ofrecer en el mercado laboral. Sin embargo, cuando estos “empresarios del capital corporal” intentan hacer la transición de combatientes a civiles, sus cuerpos son un obstáculo. Cuando analizamos cómo los ambientes sociales específicos invierten, forman y despliegan el cuerpo humano — y las prácticas concretas de incorporación que se explotan para este fin — vemos que estos hombres personifican sus pasados violentos de manera inconsciente y duradera⁵⁶.

⁵¹ Morgan, David H.J. *Theater of War: Combat, the Military, and Masculinities*, En *Theorizing Masculinities* (Brod, Harry y Kaufman, Michael editores) Londres: Sage Publications, 1994. p. 165.

⁵² Un excelente estudio comparativo de los combatientes desmovilizados a nivel individual de las FARC, ELN y paramilitares, ver *Ibíd*em Cardenas Sarrias, José Armando. *Los parias de la guerra: Análisis del proceso de desmovilización individual*.

⁵³ Ver Philippe Bourgois, *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Berkeley: UC Press, 1995.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 8.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 9.

⁵⁶ La fascinante investigación de Lóic Wacquant sobre los boxeadores afro-estadounidenses en la parte sur de Chicago cobra una importante influencia en esta parte: Wacquant, Lóic. “Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labour Among Professional Boxers”, *Body and Society* (1995) 65-93; Wacquant, *Body and Soul: Notebooks of an Apprentice Boxer*. Nueva York: Oxford University Press, 2004.

7. “Su propio cuerpo lo traiciona”

Además de portar un arma y de pavonearse como un “gran hombre,” la masculinidad militarizada tiene otros componentes importantes. Con muy pocas excepciones, cada entrevista comienza con la “máscara de guerra” — o como un administrador del CRO de Turbo lo describió: “te miran con su ‘cara paraca’”. Es un rostro que busca de forma explícita inspirar terror en los otros y es un firme vestigio de su participación en un grupo armado aunque esta máscara de guerra no se limita solamente a los paramilitares. Como me dijo un ex guerrillero de las FARC durante una conversación fuera de Bogotá: “Los malencarados — ahí es cuando el ritmo de la guerra te agarra. Es una expresión de machismo. Esto te lo enseñan en el grupo, durante el entrenamiento. Con esa expresión en el rostro uno cree que está por encima de los demás — casi como si fueras el comandante. Cuando asesinábamos, cambiábamos nuestros rostros. Uno era malencarado — puro machismo. Cuando uno se ve así se siente más hombre”.

En su influyente teoría del manejo de las impresiones, Goffman llama la atención sobre el complejo simbolismo y la actuación que hacen parte de la interacción social⁵⁷. Su énfasis en los aspectos dramáticos de la forma en que alguien se presenta a sí mismo en contextos sociales tiene mucha relevancia cuando se tiene en cuenta que el aspecto de combatiente, cuidadosamente cultivado, puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. En un clima de interacción agresiva y de extrema desconfianza — acentuadas por sangrientos episodios de combate — saber conducirse como “un malencarado” es un componente importante de la armadura corporal del combatiente.

Ahora trataré el tema de las “técnicas del cuerpo” que estos hombres aprenden como parte de su transformación en combatientes⁵⁸. Asumí que esto era algo inconsciente, el resultado de estar rodeado de otros combatientes. Indudablemente esto es parte de la historia y sus cuerpos reflejan lo que ven en aquellos que los rodean. Pero fue Mario, el que me explicó cómo son entrenados para utilizar sus cuerpos porque “es el cuerpo mismo el que puede traicionarlo a uno”.

Mario, excombatiente de las FARC, Casa de Paz en Medellín, enero de 2007

“¿Los tatuaban en su grupo, Mario? Por ejemplo, en la guerrilla, ¿los miembros del grupo empezaron a tatuarse?”

“Bueno, eso dependía del comandante del frente. Dependía de él, si le gustaba o no. Está en los reglamentos y normalmente no les gusta que la gente se tatúe”.

“¿Por qué?” — pregunté.

“Porque desde el punto de vista militar, ellos manejan la cuestión desde la parte de inteligencia. ¿Cómo lo reconocen? ¿Cómo lo buscan? Si fulanito tiene un tatuaje del Ché en el brazo derecho — esa es la cosa. Por eso es que se prohíben los tatuajes. Por ellos lo pueden identificar a uno. Pero siempre, como digo yo, hay alguien indisciplinado, el comandante que permite que la gente se los haga”.

“Mario, hay otra cosa que me llama la atención. Es la manera como ustedes miran a la gente. Espere — déjeme mostrarle. ¡Estoy aprendiendo a hacerlo!”. Me quité las gafas y puse la cara de guerra más feroz que pude.

Ambos comenzamos a reírnos lo cual no ayudó a que mantuviera la mirada.

“Ay, ve — ¡aún estoy aprendiendo!”

Mario se sonrió pero no dijo nada.

Me incliné hacia delante. “A veces empieza a ponerme esa cara, ¿cierto? Es medio chistoso”—tantos años aprendiendo a hacerla porque había que ser más duro que el de al lado para poder sobrevivir. Me estaba diciendo cómo aprenden a utilizar el cuerpo, la cara [...] espere — lo está haciendo de nuevo”.

“¿Una mirada desafiante?”

“Exactamente. La cara de guerra”.

“Sí, porque recuerdo que la policía me paraba muchas veces en la calle. Siempre me preguntaba si era un soldado. Les decía que no pero seguían insistiendo — si había prestado el servicio militar. Y seguían preguntando, decían: ‘pero es un soldado, es un combatiente’. Yo contestaba que no, que nada de eso. Me pasó muchas veces. Otra cosa que pasa con frecuencia es al estar metido con la inteligencia, hay que demostrar firmeza. Es algo muy importante dentro de la inteligencia. Si el enemigo me atrapa y me interroga, debo mostrar firmeza. Digamos que un militar me interroga, un psicólogo militar está sentado frente a mí — me va a manipular con mi mirada. Tengo que demostrarle la firmeza de mi mirada — para eso me entrenaron cuando estaba allá (en las FARC). Por ejemplo, recibí ese tipo de entrenamiento —se lo enseñan a uno. Lo primero que uno va a hacer cuando saluda a un militar es poner la mirada firme. Nunca se agachan los ojos porque si se hace, él inmediatamente va a preguntarse que

⁵⁷ Goffman, Irving. *The Presentation of Self in Everyday Life*. Nueva York: Anchor, 1959.

⁵⁸ Esto me recuerda a Marcel Mauss y su trabajo sobre la cultura y el cuerpo y cómo aprendemos a utilizar y habitar nuestros cuerpos como miembros de un grupo cultural específico. Ver. Mauss, Marcel. “Techniques of the Body”, *Economy and Society* 70 (1973) (1934).

es lo que uno esconde. ‘Oiga, usted, ¿por qué está mirando al piso? No me quiere mirar, ¿por qué?’ Los militares quieren cogerlo en la mentira. Por eso en las FARC nos enseñan cómo mirar, cómo utilizar el rostro. Tuve que hacer esto muchas veces”.

“Es muy interesante. No sabía que ustedes aprendían eso ¡Pensé que venía con el agua que bebían! ¿Así que de verdad les enseñan a cómo mirar, cómo manejar el cuerpo?”

Afirmó con la cabeza. “En los cursos de inteligencia es donde nos enseñan estas cosas. Si tiene que tratar con un militar, hay que meterse en la cabeza que uno no es un guerrillero sino un soldado. Eso se aprende y con la práctica se aprende. Así que cuando uno está sentado con un psicólogo militar — bueno, ellos de verdad estudian los movimientos del cuerpo y expresiones, ¿cierto? De verdad que uno se entrena en eso, mucho. ¡Haga un puño con la mano izquierda! ¡Haga un puño con la mano derecha! Lo observan. Es diestro. Pueden ver que uno tiene más fuerza en la mano derecha que en la izquierda. Sé que desde el primer momento uno necesita saber cómo defenderse. Uno debe saber cómo expresarse y a uno lo entrenan para eso”.

Una vez más su rostro cambió. Toda la animación se esfumó de la cara y la máscara reapareció.

“¡Mario, esa cara volvió!”

Nos reímos porque él verdaderamente no se había dado cuenta de que entraba y salía de su “armadura militar”.

Movió la cabeza, asintiendo. “Tantas veces que me delato por eso. Es decir — me delató. La gente empieza a preguntarme: ‘Oiga, ¿usted no era...? ¿no era? No me quiere decir, ¿no?’” Volvió a mover la cabeza. “Es que uno recibe tanto entrenamiento y se mentaliza tanto en eso, realmente usted se convence de las mentiras. Hasta uno se convence de lo que dicen. Así debe ser en el entrenamiento militar. Es tan difícil montarse en la vida civil. Tiene todos estos rasgos, ¿no? Por ejemplo, en la inteligencia, cuando uno está allá con el grupo y reconoce a un miembro del ejército. Si uno es nuevo en la guerrilla — esto es lo que siempre delata a un militar, cuando los envían a hacer inteligencia allá. Entonces supongamos que uno es un guerrillero nuevo con actitud militar. Viene a mi grupo y empezamos el entrenamiento y lo hacemos durante dos ó tres horas — entrenando duro y ni siquiera suda. No está cansado. Sabemos que hay algo raro con el tipo”.

“No había pensado en eso pero es lógico”.

“Por supuesto. En el estado físico es que uno se da cuenta — a mucha gente la cogen por eso. Hay que ser cuidadoso cuando lo entrenan a uno a marchar. Lo llaman orden cerrado, es decir, si uno gira a la izquierda o derecha. En el ejército, la policía, siempre giran y dan un golpe con el pie derecho. En las FARC es con el izquierdo. Supongamos que uno es un

muchacho y ni siquiera sabe uno donde está parado. Le dan la orden una y otra vez. Si gira a la izquierda, entonces no es militar”.

“¿Por eso es que me dijo que el cuerpo mismo puede traicionar a una persona?”

Mario asintió. “Lo traiciona porque está mecanizado. El cuerpo está mecanizado. Digamos que le pregunto a ese muchacho: ‘Oiga, ¿usted era...?’ Como amigo, de forma amistosa sin amarrarlo o nada por el estilo. Sin amenazarlo. ‘Oiga, ¿prestó el servicio militar? Ahí está, ya se delató”.

“Ajá”.

“Porque si lo sienta, puede hablar con él — hablar y hablar con él. Y lo que siempre dicen es: ‘Me mandaron, ordenaron venir a hacer inteligencia. Pero no lo estoy haciendo. Mire, perdóneme pero no lo estoy haciendo, Vine porque quiero estar con ustedes, unirme a sus fuerzas. Creo que ustedes están haciendo lo correcto. Mire, perdóneme pero...’ El cuerpo siempre lo traiciona”.

“Mario, ¿puede alguien aprender a perder este entrenamiento? Es decir, la personas que se desmovilizan, pueden desaprender todo lo que fueron entrenados para hacer?”

“Claro, pero deben empezar. La terapia siempre será una parte de esto. Es una terapia complicada, hay que trabajar. Pero sí, hay que dejar atrás todo eso y volver a ser un civil. Es práctica — es la vida cotidiana”.

Mario hizo una pausa para mirar por la ventana al parque al otro lado de la calle. “El cuerpo es muy expresivo”.

Cuando reflexiono sobre las conversaciones que he tenido con los muchachos, me doy cuenta de que siempre los toco— los antebrazos, hombros o la espalda que sube y baja cuando lloran. Cuando me hacen la cara de guerra, reprimo la tendencia casi automática de ponerme a una distancia imaginaria y segura. Y hago lo contrario: me inclino hacia delante y los miro a los ojos. No lo hago de manera desafiante; más bien, intento cerrar la distancia y tocar sus «cuerpos impenetrables» que han sido cuidadosamente cultivados.

Además de sus “técnicas del cuerpo”, varios excombatientes — en particular los costeños — han utilizado la brujería para protegerse en los combates. Por ejemplo, conocimos a Diomedes en una finca en Sasaima. Había estado con las FARC durante tres años y luego, ocho años con la AUC. Después de describir varios de los combates que había sobrevivido, explicó porque estaba vivo: “tengo la marca de la cruz. Me han herido siete veces, varias veces en los testículos pero las balas no entran porque tengo el cuerpo cruzado”.

Los “cuerpos cruzados” son el resultado del poder de las brujas que son mujeres de edad que trabajan con magia negra para proteger los cuerpos de los combatientes. Por

medio de cánticos y hierbas, los cuerpos se vuelven impenetrables a las balas. He llegado a considerarlos como los “intocables”; además de los cuerpos que pueden repeler las balas, también inspiran miedo y repelen a sus enemigos. Han aprendido a ser duros e impenetrables tanto física como emocionalmente. Sin embargo, lo útil que esto les ha sido como combatientes no necesariamente se repite en la vida civil. Los muchachos me comentan que la gente los ve como “bichos raros” o como una “raza nueva”. Además, al militarizarse, han intentado también limitar la gama de emociones a aquellas que son las más adecuadas a las zonas de combate: a las emociones también, se les ha asignado un género y ganar acceso a una gama más amplia de éstas es, asimismo, un componente para desmilitarizar a estos hombres. Una manera de abrir un espacio para que surjan las formas de masculinidad alternativas consiste en ayudarlos a tener acceso a una completa gama de emociones que no se limiten a aquéllas que los dejaba “listos para el combate”. Estoy convencida de que la razón por la cual estos excombatientes están tan dispuestos a hablar conmigo es porque pueden “bajar la guardia” al menos durante unas horas. De esta manera, un componente importante del proceso de reincorporación debe incluir la reeducación corporal y sentimental. A corto plazo, esto podría consistir en ayudarlos a aprender nuevas formas de comunicarse, tanto verbal como con sus cuerpos.

Y una vez más pienso en las mujeres. ¿Cómo podríamos asignarle un nuevo significado a ser “verraco” — viril y deseable? La siguiente conversación proporciona algunas ideas de los retos que involucra hacer esto y, quizás, suministra ciertas ideas sobre dónde empezar.

Tuve una larga conversación con un excombatiente de las FARC que se encontraba en una Casa de Paz en Medellín. Le había preguntado sobre el rol de la mujer en la guerrilla y se tomó un momento en responder.

*“Una mujer en el grupo — bueno, prácticamente no es una mujer porque es un combatiente más. Es decir, ellas hacen el mismo trabajo — no es que se individualice porque son más delicadas, por eso no hacen esto o lo otro. ¿Cierto? No, **todos somos iguales**. Por eso la mujer pierde su femineidad y bueno [...] es como en la sociedad en general no solamente allá. Los hombres son bien machistas con la mujer, siempre explotándolas sexualmente. Parte es culpa del hombre, parte es de la mujer porque ellas se relajan (es decir, relajan sus costumbres) allá en grupo. Lo veo — es decir, como algo que no es normal pero la misma sociedad lo ha convertido así porque todos los días nos bombardean con propagandas, aún de dulces y chicles. Se ve una mujer en bikini — siem-*

pre comercializan las imágenes de mujeres. Lo vuelven algo natural — es lo que comercializan. Allá es lo mismo, los muchachos piensan mucho en mujeres porque cada guerrillero quiere conseguirse una «socio» que esté con él, duerma con él, usted sabe. Y las mujeres — bueno ellas se vuelven prostitutas porque empiezan [...] con un hombre en una cama y a la siguiente noche están en otra cama con otro hombre, otra noche otra cama. Cuando su compañero está en misión, se juntan con otro — así es como sucede”.

“Pero Mario dígame una cosa. ¿Las mujeres se juntan con los hombres para protegerse? Pregunto porque algunas de las mujeres me han dicho que ven, digamos al comandante, y piensan para sus adentros que ese hombre puede protegerlas de los demás. Hay cierta lógica en esto. No sé me pregunto, ¿esto es parte de lo que sucede?”

Mario asintió enfáticamente. *“Dentro del grupo, bueno ese es otro rol que la sociedad nos ha vendido. La sociedad le ha metido en la cabeza a las mujeres que son el sexo más débil”.*

“Ese es el mensaje, ¿cierto?”

“Efectivamente ese es el mensaje. Las mujeres son el sexo más débil y sienten esta necesidad abrumadora de sentirse protegidas. Déjeme decirle algo, la mayoría de las mujeres dicen que buscan al comandante: ¡Oh, éste es el que va a protegerme! Tiene todo el poder, el dinero, me puede comprar cosas bonitas. Sí, he oído decir eso a las mujeres” —agregó Mario.

“Es la economía de guerra, ¿no? Las mujeres escogen a alguien que las proteja, que les dé algo. Pienso que es parte de la lógica perversa, la lógica que viene con la guerra”.

“Sí — contestó. Pero no solamente pasa en la guerrilla. Esto se ve en los barrios, haciendo un gesto con la mano que indicaba el vecindario que rodea el albergue. Digamos que un tipo tiene una motocicleta, un arma — ese es el hombre que las mujeres buscan. Es el tipo de hombre que les gusta. — Mario se volvió a sentar, entusiasmándose con el tema. — Ahora veamos al tipo que sale todos los días, lleva su almuerzo, va a trabajar y va del trabajo a su casa. Incluso, saca el tiempo para estudiar. ¡Ah! ¡Ese tipo es un chiste, un tonto! No es como el tipo que va de arriba abajo con su pistola y su motocicleta. A las mujeres les gusta ese tipo, tiene poder y puede cuidarlas. Así son las cosas”.

“Creo que tiene razón, Mario. Eso es parte de lo que es necesario cambiar porque las mujeres también participan de todo esto”.

“Sí, estoy totalmente de acuerdo. Siempre he dicho que cuando las mujeres celebran esto — cuando están pensando que el tipo que me puede dar todo pertenece a una banda de secuestro de carros o de motocicletas, siempre tiene algún

dinero en el bolsillo[...] bueno, ¿qué puede uno hacer? Así que cometen errores y piensan que van a vivir con él, que él les dará todo lo necesario, seguro, todo lo material pero a la larga, nunca está en la casa y de pronto, se enfrentan a la dura la realidad. Y ahora ella se pregunta cómo puedo ser tan estúpida, nunca está en la casa. Y cuando aparece, llega borracho y cuando se despierta en otro lugar, ¡se está despertando con alguien más! Esa es la realidad, las golpea la terrible realidad. Pero veamos el papel que ambos juegan en esta situación, ambos son culpables. No podemos solamente echarle la culpa al hombre o la mujer. Ambos son igualmente culpables”.

En su análisis de género y guerra Goldstein afirma que las mujeres participan activamente en la promoción de la masculinidad militarizada de los hombres⁵⁹. Mario demuestra de manera elocuente cómo funciona esto tanto en la guerrilla como en los barrios pobres en los que viven estos hombres y mujeres. También nos da una idea del doble estándar de género que contradice el discurso de igualdad de la guerrilla (hay muy pocas mujeres dentro de los paramilitares y no pretenden la igualdad de sexos). Los excombatientes de las FARC y el ELN — tanto hombres como mujeres — comienzan con frecuencia asegurándose que todos son tratados igual en el grupo armado y luego proceden a dar innumerables ejemplos de discriminación sexual y privilegios basados en el rango. Las mujeres excombatientes hablaron largamente sobre abortos forzados, acoso sexual, uniones obligadas, trabajo físico arduo durante la menstruación y otras formas de discriminación sexual que habían experimentado o visto. De manera similar, los hombres excombatientes me aseguraban que la norma era la igualdad y luego procedían a comentar que las camaradas eran sexualmente promiscuas e indisciplinadas. Vale la pena destacar que todos los hombres excombatientes afirmaron no tener interés en contar con una mujer excombatiente como pareja porque “la mujer guerrillera es una puta”.

De nuevo podemos ver que no es posible comprender un género sin estudiar a los otros y que “incorporar el género” a los programas de DDR debe pasar por examinar los estereotipos que los excombatientes articulan, los cuales pueden ser involuntariamente perpetuados por estos programas. En los Centros de Paz y fincas que visité, los funcionarios me comentaron que “las mujeres son más problemáticas” refiriéndose a las mujeres excombatientes. Se las describe como dependientes emocionalmente, disociadoras, promiscuas y

buscapleitos. Aunque creo que las mujeres pueden tener problemas diferentes a los de los hombres excombatientes, no estoy convencida de que sean “más problemáticas” *per se*. La figura del “combatiente” ha sido tan sobredeterminada que el género — sea masculino, femenino u otro — simplemente ha pasado desapercibido. Ser combatiente es ser hombre y así “el género” no constituye un problema. Los programas se diseñaron con base en esa figura genérica. Pasemos ahora a examinar cómo éstos pueden beneficiarse al hacer que la masculinidad sea más visible y por lo tanto, más receptiva a la discusión y transformación.

⁵⁹ *Ibid.*, Goldstein, Joshua S. *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Viceversa*, p. 306.

8. «Agregar el género» al DDR: ¿Cómo reconstruir la masculinidad?

“¿Y cómo puede recrearse la virilidad luego de períodos de violencia?”⁶⁰

La necesidad de efectuar reformas estructurales en Colombia es clara y se reconoce que dichas reformas van más allá del mandato de un programa de DDR o de la justicia transicional en su pretensión limitada de “transición hacia la democracia libre”. No obstante, esto no significa que nada pueda hacerse ni que lo material siempre supere lo cultural e ideológico, usualmente mal entendidos como esferas separadas. Por eso, mis recomendaciones se concentran en lo que se podría incorporar al programa de DDR existente. Frank Pearl, el Alto Consejero para la Reintegración Social y Económica de Personas y Grupos Alzados en Colombia, ha reconocido que el programa de DDR en el país nunca podrá competir con los recursos económicos que controla el narcotráfico⁶¹. Será necesario que los incentivos para permanecer como “civil” incluyan una combinación de beneficios económicos y un cambio de actitud. Estoy de acuerdo con su evaluación y creo que existen varias maneras de abordar el problema de actitud, tales como el trabajo con el individuo, la familia, la comunidad y el Estado colombiano.

Como lo mencioné anteriormente, la familia es uno de los temas clave en las conversaciones que he tenido con los excombatientes y las contradicciones abundan. El deseo de vengar la muerte de un familiar puede haber hecho que el individuo se haya unido a un grupo armado; en otros casos, es algo así como una tradición familiar irse a la guerra sea con la guerrilla o con los paramilitares; en ocasiones unirse a estos grupos era un escape a la vida miserable que llevaban en sus casas. Sin embargo, a pesar de la imagen contradictoria y conflictiva, esta imagen (quizás idealizada) de la familia es un poderoso tema en nuestras entrevistas. Dada la importancia que tiene la familia para los desmovilizados, esto podría ser un punto de partida de la discusión sobre nuevas maneras de cuidar, proveer con lo necesario y proteger a sus seres queridos. Estar presente para participar en la crianza de los hijos y verlos crecer son incentivos poderosos. Recuerdo una de las ceremonias de desmovilización colectiva en Apartadó cuando los niños corrieron a través del campo de fútbol para abrazar

a los hombres parados en filas ante los montones de armas entregadas: “Papá, quédate conmigo y nunca vuelvas al monte”. La familia es un incentivo clave para permanecer como civil, pero debe ser el lugar donde el programa de reintegración intervenga para escribir un libreto con nuevas posibilidades.

Desafortunadamente, me ha impresionado la manera cómo se perpetúan los estereotipos sexistas en este programa de reintegración. Donde hay “núcleos familiares”, he observado las rutinas a las horas de las comidas y la interacción diaria. A la hora de las comidas, los hombres se sientan y esperan que sus parejas les sirvan. Las mujeres, frecuentemente con un bebé cargado en la cadera, van y vienen de la cocina, sirviendo a los hombres y posteriormente recogiendo los platos. Son las mujeres las que cuidan los niños mientras que los hombres participan en los requisitos de los distintos programas, que incluyen capacitación educativa y vocacional. El programa refuerza el núcleo familiar patriarcal con una marcada división del trabajo entre los sexos. Además, el beneficiario del programa escogido es el o la combatiente desmovilizado(a); si él o ella en forma repetida no cumple las reglas del programa de reintegración, pueden ser expulsados y su ayuda mensual cancelada. Este es un desincentivo poderoso para que las parejas golpeadas informen sobre el abuso. Una mujer que depende económicamente del excombatiente puede verse forzada a escoger entre su mesada o aguantar otra golpiza. Este es uno de los varios ejemplos de cómo el programa de reintegración, tal como está diseñado actualmente, no toma en cuenta las consecuencias involuntarias de sus intervenciones y continúa siendo bastante ciegos con respecto al género.

Por otra parte, nadie ha enseñado a estos hombres cómo ser padres o parejas cariñosas. Un número de ellos me comentaron que es difícil encontrarse de repente viviendo con sus parejas e hijos, con bebés que lloran y mujeres que quieren ser más que la “socia”. La imagen idealizada de la familia contrasta profundamente con la realidad de vivir juntos, y las tensiones que esto provoca pueden con frecuencia tornarse en violencia. Asimismo, y como en la mayoría de los países, la violencia de género existió antes del conflicto armado y puede exacerbarse en ciertas esferas del período de posguerra. Estos hombres y sus familias se podrían beneficiar de una terapia familiar que examine los patrones violentos de interacción que ellos han aprendido y que sitúe esa conducta violenta dentro de estructuras más amplias de desigualdad que incluyen clase, etnia y raza.

⁶⁰ Krog, Antje. “Locked into Loss and Silence: Testimonies of Gender and Violence at the South African Truth Comisión”, En *Victims, Perpetrators or Actors?: Gender, Armed Conflict and Political Violence* (N. O. Moser, Caroline y Clark, Fiona editores). Londres: Zed Books.

⁶¹ Comentarios hechos durante la presentación del señor Frank Pearl en la reunión “Justicia Transicional y DDR”, con los auspicios de ICTJ, mayo 22 a 23, 2007.

Lo anterior requeriría capacitación adicional para el personal del programa de reintegración. Algunos miembros del personal de este programa comparten antecedentes similares con los hombres y mujeres vinculados al proceso de reintegración. Me da la sensación de que algunos de estos individuos son excombatientes o miembros de pandillas; en efecto, en ocasiones no estaba segura quién era parte del personal y quién era excombatiente. Aunque dichos antecedentes permiten establecer credibilidad con los excombatientes—ellos han pasado por las mismas experiencias—pueden asimismo compartir los dobles estándares de género, que es uno de los problemas que debe abordarse. Trabajar con “asuntos de género” requiere de una mayor conciencia sobre cómo las relaciones de género involucran diferenciales de poder que no cambian simplemente porque los hombres desmovilizados deponen las armas. Wacquant ha sugerido que los investigadores consideren los “sistemas de creencia ocupacional” (*occupational beliefs systems*) y el uso de la violencia para solucionar conflictos como la norma dentro de los grupos armados en los que estos hombres operaban—norma que en el caso de muchos de ellos era la misma en el entorno familiar y comunitario donde crecieron⁶².

Además, las Casas de Paz, fincas y los CRO son ambientes heteronormativos donde los hombres continúan manipulando para posicionarse. Parte de esto incluye una conducta masculina agresiva y una continua devaluación de las características consideradas como “femeninas”. ¿Dónde puede encontrarse un “refugio” de la masculinidad hegemónica que han aprendido? Para mí fue bastante reveladora una conversación que tuve en Medellín con un excombatiente de las FARC; el joven no quería que grabara nada ni siquiera que tomara apuntes. Hablamos durante aproximadamente una hora antes de que me diera cuenta que estaba preparándose para revelar un gran secreto. ¿Qué era? No se trataba del entrenamiento, de las matanzas, del combate; no, en realidad, trataba esos temas con bastante ligereza. Su gran secreto consistía en que era homosexual y que nadie podía enterarse. “Eso no se lo aguantan en el grupo, de ninguna manera”.

“¿Y aquí?” — Se rió con amargura, abriendo desmesuradamente los ojos.

Abrir espacios para las formas de masculinidad alternativas es algo que el programa de reintegración podría efectuar. Al abordar las actitudes y conductas que los excombatientes han aprendido — trayendo a un nivel consciente la “segun-

da naturaleza” de los patrones de género de pensamiento y conducta — el programa podría diseñar posibilidades sociales alternativas. Por ejemplo, muchos de estos hombres me cuentan que están cansados de la guerra y de las matanzas. Además, muchos de ellos se sienten engañados por sus experiencias, afirmando que son ellos los que combatieron y arriesgaron sus vidas mientras que los comandantes fueron los que se enriquecieron. Este engaño puede convertirse en un recurso si el programa hace más explícito lo que estos hombres ganan al pasar de combatiente a civil. Esto también significaría trabajar más eficazmente con los barrios de los alrededores y las comunidades en donde viven estos hombres y mujeres, de tal manera que se aborde y minimice el miedo mutuo. Apropiarse del espacio para ser civil y actuar como tal es crucial y por supuesto requeriría que el Estado colombiano garantizara cierto nivel de seguridad.

Adicionalmente recuerdo a Jefferson, el joven que trajo a su amigo paramilitar a hablar conmigo. ¿Dónde están los jóvenes que no están involucrados en la violencia? De alguna manera los “Jeffersons” son invisibles. Sin embargo, practican una forma de masculinidad alternativa y sería importante saber cómo lo han hecho. En un interesante artículo sobre Sri Lanka, Jonathan Spencer describe la vida de un joven que no aceptó los argumentos morales de ninguno de los grupos armados en el conflicto y se rehusó a participar. Spencer insiste sobre la necesidad de entender cómo se agencian tanto la violencia como la no violencia por medio de la pregunta: “¿Bajo qué circunstancias se abre un espacio para el que no participa?”⁶³ ¿Le permitió a Jefferson crear y mantener una identidad no violenta su participación en una diócesis activa de la Iglesia Católica? ¿Dónde se encuentran los otros espacios sociales en los que la violencia no es un componente central en la creación de la hombría? ¿Qué podría hacer el programa de reintegración para que estos jóvenes y sus opciones no violentas sean más visibles, valoradas y deseables?

Esto me lleva a los medios de comunicación en Colombia y a la glorificación de los hombres, las armas y la violencia. No estoy postulando una ecuación simple entre “ver la violencia” y “cometer actos violentos”. Es obvio que el proceso es bastante más complicado. El Ejército colombiano cuenta con una estación de televisión las 24 horas del día que no es más que una campaña de publicidad permanente sobre los hombres, los uniformes, las armas y el poder. Las estaciones de

⁶² *Ibid*, Wacquant, Lóic. “Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labour Among Professional Boxers”.

⁶³ Spencer, Jonathan. “On Not Becoming a ‘Terrorist’: Problems of Memory, Agency and Community in the Sri Lankan Conflict” En *Violence and Subjectivity* (Das, Veena y otros, editores) Berkeley: University of California Press, 2000. p. 120.

radio tocan los narcorridos que elevan a los narcotraficantes y matones a un estado prácticamente mitológico. Los medios podrían convertirse en un arma poderosa y presentar otras imágenes acerca de qué es ser hombre y hacerlo, además, de tal forma que sea deseable.

9. Conclusiones

Comencé por sugerir que tanto los programas de DDR como las iniciativas de la justicia transicional podrían beneficiarse de una exploración de las maneras en las que se producen los hombres militarizados y se desempeñan las formas de masculinidad militarizada. Esta exploración podría a su vez dar forma a las estrategias diseñadas a fin de reconstruir activamente lo que significa ser hombre en unos contextos históricos y sociales específicos. Según Butler, el género no solamente es un concepto social sino también una actuación - no es tanto un estado de ser sino más bien un proceso⁶⁴. Este proceso es continuo e interrumpe las narraciones lineales y teleológicas tanto del DDR como del campo de la justicia transicional.

Abordar las formas violentas de masculinidad debe ser una de las inquietudes clave al incorporar el género a estas intervenciones. Concentrarse en ciertas formas violentas de masculinidad podría ayudar a enfocarnos en las formas de violencia cotidianas que van más allá del período limitado de la “transición”. También serviría para ampliar nuestro foco de atención hacia aquellas formas de violencia que no caben dentro del restringido concepto de la “violencia política”. Dichas formas cotidianas de daño — que yo llamo la violencia pos-violencia propia de los períodos que de forma eufemística se denominan de posconflicto — se han ubicado “por fuera” del marco estandarizado de la justicia transicional. Y es bien probable que estas formas de violencia se intensifiquen de manera dramática inmediatamente después de la guerra. Así, el fracaso en dismantelar los sistemas de género que se forjaron en el contexto del conflicto haría que éstos permanezcan lamentablemente intactos durante los períodos de “paz”. Como lo he sostenido, la seguridad misma es un bien al que se le asigna un género; para los millones de niñas y mujeres que reciben tan poco del proverbial “dividendo de la paz”, la transformación de los niños y hombres podría ayudar a separar la violencia de la masculinidad, así como la seguridad del hecho de portar un arma o de buscar un hombre que la porte.

Una de las máximas en la antropología consiste en que las formas de masculinidad y femineidad son construidas culturalmente y además, son variables. Lo que se construye puede ser transformado: para mí esto debe quedar en primer plano. Eso requerirá de un enfoque interdisciplinario que aplique las herramientas de la psicología, ciencia política, antropología y economía a fin de analizar a nivel local y regional

⁶⁴ *Ibíd*, Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge, 1990.

las nociones más sobresalientes de género y violencia. La transformación de las formas de masculinidad militarizadas y homogéneas que caracterizan a los excombatientes podría ayudar a fomentar las metas de los procesos de DDR y la justicia transicional. Al hacer esto, “el incorporar el género” puede contribuir a construir la paz tanto en el campo de batalla como en el hogar.

Bibliografía

Amnistía Internacional, 2005. *The Paramilitaries in Medellín: Demobilization or Legalization?*

Bell, Christine y Catherine O'Rourke, 2007. “Does Feminism Need a Theory of Transitional Justice? An Introductory Essay.” *International Journal of Transitional Justice*

Boellstorff, V. Tom, 2007. “Queer Studies in the House of Anthropology”, *36 Annual Review of Anthropology*

Bourgois, Philippe, 1995. *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Berkeley: UC Press.

Cockburn, Cynthia, 2001. “The Gendered Dynamics of Armed Conflict and Political Violence.” In *Victims, Perpetrators or Actors?: Gender, Armed Conflict and Political Violence*, Caroline N. O. Moser y Fiona Clark editores. Londres: zed Books.

Colletta, Nat y otros, 1996. *The Transition from War to Peace in Sub-saharan Africa* Banco Mundial

Coltrane, Scott, 1994. “Theorizing Masculinities in Contemporary Social Science.” In *Theorizing Masculinities*, Brod, Harry y Michael Kaufman, editores. Thousand Oaks, CA y Londres: Sage Publications.

Connell, R.W., (1995) 2005. *Masculinities*. Second Edition. Berkeley: University of California Press.

Foster, Dan, 2000. “What makes a perpetrator? An attempt to understand.” In *Looking Back, Reaching Forward: Reflections on the Truth and Reconciliation Commission in South Africa*. Charles Villa-Vicencio y Wilhelm Verwoerd, editores. Ciudad del Cabo: University of Cape Town Press.

Gill, Lesley, 1997. “Creating Citizens, Making Men: The Military and Masculinity in Bolivia.” *Cultural Anthropology*

Goffman, Erving, 1959. *The Presentation of Self in Everyday Life*. Nueva York: Anchor.

Goldstein, Joshua S., 2001. *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Vice Versa*. Nueva York: Cambridge University Press.

Gutmann, Matthew C., 1997. "Trafficking in Men: The Anthropology of Masculinity." *Annual Review of Anthropology* Vol 26.

Herzfeld, Michael, 1985. *The Poetics of Manhood: Contest and Identity in a Cretan Mountain Village*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Knight, Michael y A. Ozerdem, 2004. "Guns, Camps and Cash: Disarmament, Demobilization and Reinsertion of Former Combatants in Transitions from War to Peace", *Journal of Peace Research* 499.

Krog, Antje, 2001. "Locked into Loss and Silence: Testimonies of Gender and Violence at the South African Truth Commission." In *Victims, Perpetrators or Actors? Gender, Armed Conflict and Political Violence*. Caroline O. N. Moser y Fiona C. Clark, editores. Londres: Zed Books.

Morgan, David H.J., 1994. "Theater of War: Combat, the Military, and Masculinities." In *Theorizing Masculinities*. Brod, Harry y Michael Kaufman, editores. Thousand Oaks, CA y Londres: Sage Publications

Naciones Unidas, 1999. *Departamento de Operaciones encargadas de Mantener la Paz de Naciones Unidas, Disarmament, Demobilization and Reintegration of Ex-Combatants in a Peacekeeping Environment: Principles and Guidelines*.

Rehn, Elisabeth y Ellen Johnson Sirleaf, 2002. *Women, War and Peace: The Independent Expert's Assessment on the Impact of Armed Conflict on Women and Women's Roles in Peace-building*. Nueva York: UNIFEM

Spencer, Jonathan. 2000. "On Not Becoming a 'Terrorist': Problems of Memory, Agency and Community in the Sri Lankan Conflict" En *Violence and Subjectivity* (Das, Veena y otros, editores) Berkeley: University of California Press.

Theidon, Kimberly, 1999. "Domesticando la Violencia: Alcohol y las Secuelas de la Guerra". *Ideele: Revista del Instituto de Defensa Legal*, No.120.

_____, 2004, *Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

_____, 2007, "Transitional Subjects? The Disarmament, Demobilization and Reintegration of Former Combatants in Colombia." *International Journal of Transitional Justice*, Volume1, No. 1

_____, Próximo a publicarse: *Intimate Enemies: Violence and Reconciliation in Peru*. Stanford: Stanford University Press.

United Nations, 2006. *Integrated Disarmament, Demobilization and Reintegration Standards*.

Wacquant, Löic, 1995. "Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labour Among Professional Boxers." *Body and Society*

_____, 2004, *Body and Soul: Note books of an Apprentice Boxer*. Nueva York: Oxford University Press.

Wilson, Richard A., 1999. *Maya Resurgence in Guatemala: Q'Eqchi' Experiences*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.





Textos

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ

Fotografías

© Revista Semana

Diagramación

David Rendón

Preprensa e impresión

Zetta Comunicadores

ISSN: 1909-4310

© Fundación Ideas para la Paz, 2009

Tel: (57-1) 644 6572 / Fax (57-1) 218 1353

Calle 100 No. 8A-37, Torre A, Oficina 605

www.ideaspaz.org / e-mail: fip@ideaspaz.org

IMPRESO EN COLOMBIA / PRINTED IN COLOMBIA